

Un cuento de hadas



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: David Carretero

Cuentos hay tantos como sonrisas. Todos son únicos y diferentes, pero cuentos que hablen de hadas... de estos hay muy pocos. Por eso, cuando se encuentra uno, hay que estar muy atento. Dicen que las hadas son presumidas y que siempre que se habla de ellas, se acercan a escuchar. Así que, estad atentos a la lectura de esta historia, porque seguro que sus protagonistas se acercan curiosas a vuestro alrededor.

Esta es la historia de la Jana y Elia, dos hermanas que aprendían a hacer de hada en la gran Escuela de Brujas, Hadas y Gnomos de su ciudad. En la escuela de Hadas se va en autobús o patinete hasta que no aprendes a volar, y la Jana y Elia iban cada mañana muy contentas con sus bicicletas.

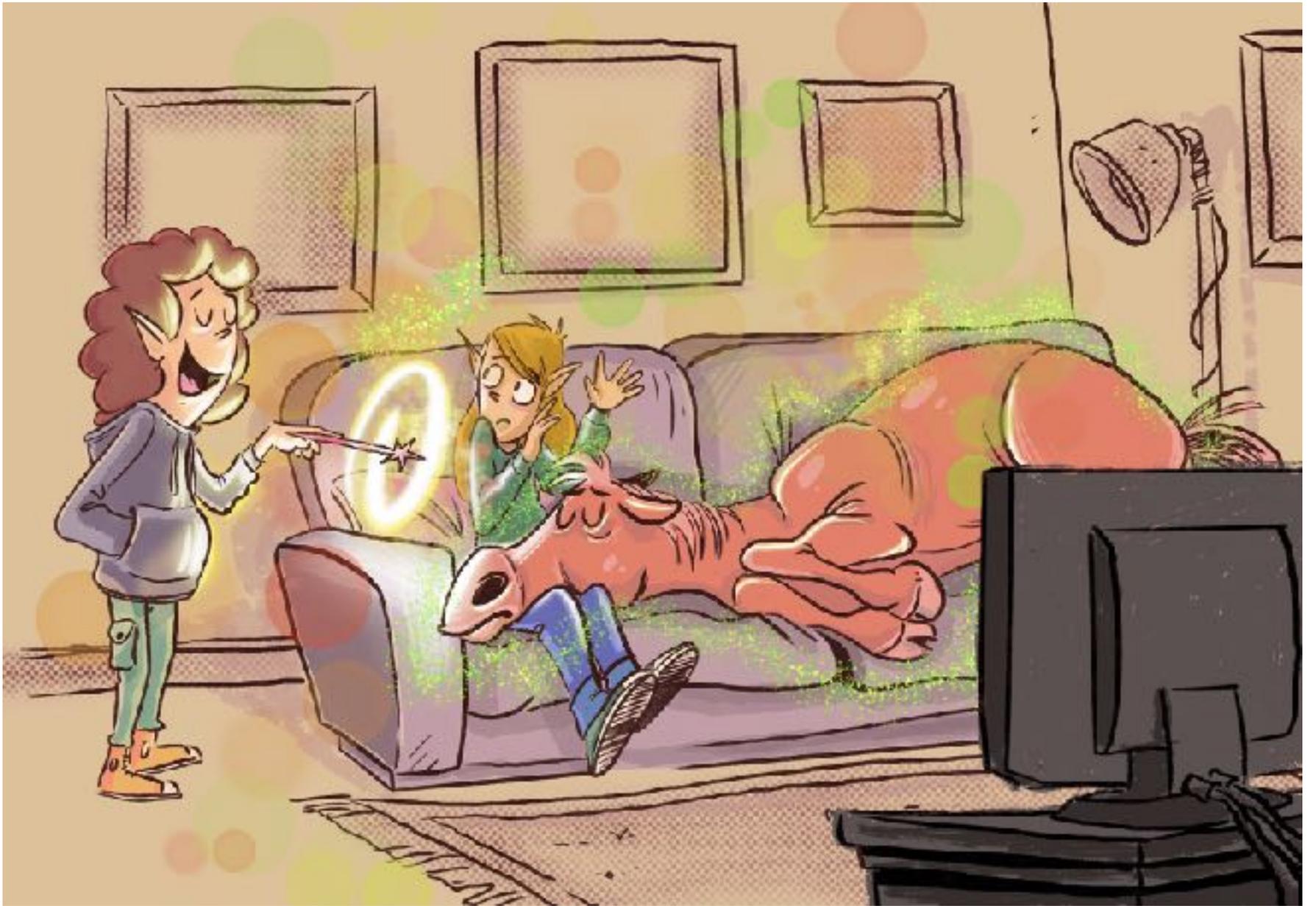
Pero no pensáis que eran unas hadas de aquellas que van con cucuruchos en el jefe (sería imposible volar por los bosques y no engancharlo a las ramas de un árbol), ellas eran dos hadas bonitas y traviesas, que vestían sudaderas y texanos, y a las que les gustaba estudiar y hacer hechizos que ayudaran a la gente. El problema era que, como buenas hermanas, la Jana y Elia se asemejaban como un huevo a una castaña, y si las dos eran de buen carácter, una era calmada y tranquila mientras la otra iba con prisas en todas partes.

– No corras tanto – Le decía siempre la Jana a su hermana. – Tendrías que intentar calmarte. Pero Elia, calma no había tenido nunca nada, y sin tiempo para contestar, corría a hacer alguna barrabasada.

En idioma de las hadas, "barrabasada" es un hechizo que ayuda a alguien a conseguir aquello que quiere. Pero claro, Elia iba tan agobiada que antes de que la gente acabara su deseo, ella ya se lo había concedido. Así, si alguien quería un caballo, ella le plantaba un animal de 500 kilos en medio del comedor sin esperar a sentir que en realidad quería un caballete de cartón. O si alguien quería ir a la playa, ella lo enviaba en Hawái, sin esperar a saber que "la playa" era el nombre del bar de su pueblo.

La pobre Elia no acertaba ni una de tanta prisa como tenía. En cambio, la Jana, acostumbrada a deshacer los hechizos de su hermana, había aprendido a tener paciencia, observar y esperar antes de resolver las cosas. El problema era que justo a punto de saber si habían aprobado los exámenes finales, un puñado de vecinos enfadados se presentó en la escuela para quejarse de Elia.

“¡Llevaos este caballo!”, se quejaba uno. “¡Devolvedme a mi marido de Hawái!” protestaba otra. Y así, más de unas veinte personas fueron explicando todos los desastres de la joven hada ante la directora de la escuela.



– No aprobaré nunca – lloriqueaba Elia. – Me quitarán la varita.

Pero Jana sabía que aquello no podía pasar. Elia era una de las mejores hadas de la escuela y nadie podía imaginarse que no le dieran el título. Lo que tenía que hacer era ir a hablar con la directora y disculparse por sus errores. Pero luego que Elia metió un pie en su despacho, le dijo:

– La prisa es enemiga de la magia. Por más que conozcas todos los hechizos, de nada te servirán si no escuchas y piensas antes de actuar.

–Pero yo prometo que...– Interrumpió Elia.

–De nuevo te precipitas. No dejas que acabe de hablar y ya estás protestando.–Añadió la directora – Me sabe mal, pero no obtendrás el título de hada hasta que no aprendas a tener paciencia.Y dicho aquello, la mujer (que algunos decían que tenía más de 200 años) hizo un gesto con la mano para que Elia saliera de su despacho.

– ¿Y ahora qué hago? – se preguntaba Elia abrazándose a su hermana.

– No tienes que hacer nada. Tan solo tienes que demostrar que sabes tener paciencia.– Añadió la Jana.

– Pues va, enséñame. No perdamos más el tiempo y dime cómo se hace para tener paciencia.

Pero Jana se dio cuenta que su hermana no entendía nada de nada. Incluso tenía prisa para aprender a ser paciente ¡Qué disparate! Jana quería mucho a Elia y quería ayudarla a conseguir el título de hada, así que pensó y repensó hasta que encontró una solución.

– Para aprender a ser paciente, tienes que hacer un hechizo muy especial. – Le dijo a Elia. – Ves esta flor?

– Aquí no hay ninguna flor – Refunfuñó Elia observando un triste tallo verde.

–Todavía no ha salido, por eso necesito que tú hagas el hechizo–Aclaró Jana. –Tienes que encontrar las palabras mágicas que la hagan florecer.

–¡Eso es muy sencillo!–Sonrió Elia, feliz –¿Y cuando florezca tendré paciencia?

–Cuando florezca, la tendrás–sentenció Jana.

Y a Elia le faltó tiempo para correr a buscar sus libros y apuntes para encontrar qué era el hechizo más adecuado.

Todo el día se lo pasó leyendo, y finalmente encontró las palabras que buscaba: *fliflaflor* crece más rápido que un trueno. Pero cuando las pronunció ante el tallo, no pasó nada de nada. “Qué extraño”, pensó Elia. Buscaré otra vez.

Pero por más que buscaba y rebuscaba en libros y escritos, no había manera de encontrar ningún hechizo que sirviera. Ni *fliflaflor*, ni *flafloflu*, ni *amunticreix*, ni *tururut*. Nada hacía que la flor se abriera de una vez y ella pudiera aprender a tener paciencia.

Quizás si le preguntaba Jana... Su hermana siempre sabía hacer las cosas en el momento adecuado y rara vez se equivocaba. Es cierto que todo el mundo decía que Elia aprendía muy rápido y era muy avispada, pero Jana tenía la virtud de hacer las cosas de forma tranquila y no se precipitaba nada. Pero no, Elia quería demostrar a todo el mundo que podía conseguir ser paciente ella sola, así que decidió seguir buscando hasta encontrar el hechizo que hiciera crecer la flor.



A partir de aquel momento, cada día Elia visitaba bibliotecas y archivos buscando el hechizo adecuado. Leía con prisas, preguntaba con prisas y corría hacia su flor para ver si funcionaba. Pero no funcionaba ninguno de los hechizos que recitaba y la pobre Elia se desesperaba mirando como el tallo tan solo le había crecido un triste capullo. “Venga florecilla, sale de una vez y enséñame a ser paciente”. Pero la flor, si es que la sentía, no tenía ninguna intención de hacerle caso. Así que Elia decidió rendirse. “No lo conseguiré nunca”, pensó. Y regando la flor, se dio cuenta que quizás no sería nunca una hada.

Los días fueron pasando y ella ya no corría a la biblioteca ni se apresuraba a leer apuntes. Ahora tan solo esperaba que los días pasaran mientras miraba la flor, la regaba e intentaba decidir qué otro trabajo podía hacer. Le gustaba ser hada, pero también podía estudiar para ser astronauta o presentadora de televisión, o fabricante de chicles... En eso estaba pensando cuando de repente vio como el pequeño capullo se abría delicadamente y aparecía un pétalo rojo, al cabo de unos segundos salió otro, y otro, y otro... hasta que toda la flor apareció delante de sus ojos. Y qué bonita era, pensó Elia. Tanto, que decidió quedarse a observarla un rato. Ya no tenía ninguna prisa por hacer nada y cuando Jana la vio, se acercó.

— Enhorabuena! ¡Lo has conseguido! Has sabido esperar a que la flor se tomara su tiempo para crecer. Ahora sabrás esperar para entender lo que la gente quiere de verdad antes de hacer los hechizos.

Elia no se lo podía creer. Su hermana tenía razón.

—¿Es esto la paciencia? ¿Esperar que las cosas pasen a su ritmo sin apurarlas?

—Exacto.—Dijo la Jana. —Es la cualidad de saber esperar. Cómo has esperado tú para que creciera esta flor.

Y aquello, Elia ya no lo olvidó nunca más. Ahora sus hechizos los hacía con calma y pensando. Escuchando el que la gente quería antes de decidir el que tenía que hacer.

—Te has ganado el título de hada — Dijo orgullosa la directora—Y tú también Jana. No solo eres una hada ejemplar, sino que algún día incluso podrías ser una buena maestra de esta escuela.

Las dos hermanas se abrazaron contentas. Habían aprendido muchas cosas y ahora lo celebraban. Las fiestas en la Gran Escuela de Brujas, Hadas y Gnomos eran conocidas por todas partes y todo el mundo bailaba y cantaba. Pero mientras Elia observaba a sus compañeras, sentía que aquel curso había aprendido una cosa mucho más importante que la magia. Había aprendido a ser paciente.

Pero todo de una, aquella virtud parecía que no le serviría de nada cuando el cocinero de la escuela apareció con el pastel de celebración. A todas las jóvenes les faltó tiempo para correr a comer un trozo. También Elia estuvo a punto de lanzarse cuando se paró, se lo miró, y decidió andar despacio.

—No vienes Elia?—Le gritó en la distancia la Jana.

Pero Elia se fijó en su hermana que corría feliz y le dijo.

—No sufras. Hay por todos.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS ofrece a su plataforma digital (<http://faros.hsjdbcn.org/>) para fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil. FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimientos de calidad y de actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital